

BX1912

S2

v. 2

EL SACERDOTO

Y LA

# CIVILIZACION

DE

INDICACION DEL CIERRO CATOLICO

FORMA ORIGINAL

COMUNIDAD POR UNA SOCIEDAD DE ESCUELAS

REPUBLICA FEDERAL DE MEXICO

por don Esteban Miquel

CONGRESO GENERAL AGROPECUARIO DEL ORDEN DE S. BERNARDO EN LA  
CONGRESACION DE CASTELL Y LEON



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

1898

EL SACERDOTE

8

religión y sus ministros, unánimes las corrientes  
y civilizaciones, en una palabra, era forzo-  
so luchar y la guerra se preparó al combate, sus  
pájaros se arrojaron y el campo se abrió.  
La historia comienza con el pasado, en cuyos es-  
tados militares el poder, el prestigio y la hon-  
ra, cimentados sobre bases sólidas en el tiempo, están  
más fuertes, cuanto más poderosas eran las elemen-  
tos que tuvo que combatir. Desde el pasado de  
Historia hasta el presente, hasta el futuro, hasta el ca-  
pitulo la hemos seguido, y en el transcurso de los  
siglos todos sus esfuerzos se han dirigido a desen-

## CAPITULO I.

LA RELIGION Y SUS MINISTROS SON LOS DEFENSORES  
DE LA HUMANIDAD, Y LOS QUE HAN CONSIGNADO  
SUS DERECHOS.

Hacia donde quiera que se vuelva la vista, ve-  
mos a la religion enjugando las lágrimas de la des-  
gracia y siendo el escudo del oprimido, contien-  
do los excesos del poder: una religion, toda caridad,  
no podia mirar con indiferencia los sufrimientos  
de la humanidad; una religion fundada por el Sal-  
vador del hombre no podia, seguramente, prote-  
ger la maldad, y los excesos debian horrorizarla,  
y así era; pero no podia concluir con los abusos de  
un golpe, y para estinguir en el mundo la horro-  
rosa costumbre de oprimirse unos a otros, era ne-  
cesario caminar poco a poco, y poco a poco ir mo-

009438



ralizando las costumbres, amansando los corazones y civilizando las almas; en una palabra, era forzoso luchar, y la Iglesia se preparó al combate, sus hijos se armaron, y el campo se abrió.

En lucha continua con el pasado, en cuyos estandartes militaba el poder, el prestigio y la fuerza, cimentó sobre bases sólidas su triunfo, tanto mas fuerte, cuanto mas poderosos eran los elementos que tuvo que combatir. Desde el pesebre de Belem hasta el Gólgota, y desde aquí hasta el capitolio la hemos seguido, y en el trascurso de los siglos todos sus esfuerzos se han dirigido á defender la humanidad. Consignados estaban en los Libros santos, código fundamental de esta reina augusta, los derechos del hombre, la abolicion de la tiranía y la defensa de la humanidad; sus ministros debian, con todas sus fuerzas, consagrarse al sostén de tan caros objetos, y en todos sus discursos, en todos sus actos, en los púlpitos, como en las cátedras, en los consejos de los poderosos, como en los concilios, en todas partes se ve proclamada la doctrina humanizadora del Crucificado.

Empezaremos, pues, tomando las cosas desde el principio, y espondremos la doctrina de esta Iglesia *protectora de la tiranía*. Ya el Deuteronomio, en su capítulo 17, habia escrito: "No se eleve sobre sus hermanos el corazon del que sea elegido por rey;" ya en mil partes los profetas habian pre-

gonado los derechos del hombre, y esta doctrina admirable, sin embargo, permanecia casi olvidada, de muy pocos conocida y de todos despreciada: el pueblo hebreo, que tantas veces habia quebrantado la ley y vuelto la espalda al Señor, no fué con estas máximas mas observante que con las demas, las desatendió como á otras muchas, y aun las despreció; pero sin embargo, en todos sus libros las vemos repetidas y sancionadas; Dios las dió al hombre para que las observase, y el hombre las desconoció, y en este hecho se nos revela el origen de sus desgracias, el desacuerdo en que estaba su razon y las consecuencias de su miseria; en una palabra, los tristes efectos del pecado, sin los cuales el hombre hubiera vivido justo y nunca hubiera osado sobreponerse al hombre y hubiera respetado los derechos de la humanidad, sin jamas haberla oprimido ni insultado.

El tiempo prefijado por los profetas para la reparacion del hombre se acercaba, y de un rincon de Judea, de entre las lobregueces de unas ruinas sale una voz fuerte y poderosa que proclama los derechos del hombre, y se tremola un estandarte que da al viento el hermoso lema *humanidad*. Desde aquel dia aparece en el mundo un Legislador divino, que si no viene á destruir la ley, viene á cumplirla, y la nueva religion que se anuncia entre las lágrimas de un tierno Infante, combate y vence en el Gólgota entre las sombras



de un cadalso, triunfa por fin en el cielo entre las luces del Lábaro. Desde el establo de Belem hasta el bautisterio de Constantino han trascurrido siglos, ha sufrido la Iglesia calamidades, se ha derramado la sangre de sus hijos, pero la humanidad ha ganado mucho, y la sociedad va mejorándose; sin embargo, estas mejoras tienen que adelantar mucho mas, hoy que la hija de Sion no es la esclava sino la señora del capitolio, hoy que su nombre es invocado, hoy, en fin, que todo se fecundiza con su influjo benéfico, y así veremos los trabajos de la Iglesia y del sacerdocio, para borrar la inicua costumbre de oprimirse y afirmar los derechos de la humanidad, sobre la ley del mundo que mas respetan los hombres, la religiosa.

La Iglesia estiende su vista, y un campo inmenso que cultivar se le presenta por todas partes: el mundo está bajo su influjo; política, ciencias y artes, todo la pertenece, y en todo brillará su doctrina y admirará el mundo sus efectos: el porvenir es suyo, veamos cómo afianza su imperio; veamos si es para su provecho *egoista*, ó para el de la humanidad; si para libertar ó esclavizar el hombre; para embrutecerle ó civilizarle: la historia nos lo manifestará, sea ella nuestra brújula en el mar de las investigaciones que vamos á surcar.

La cruz, á costa de trabajos, por entre lagos de sangre, habia logrado sobreponerse á los ídolos y

escalar el alcázar de los Césares, tremolaba triunfante en el capitolio, habia consignado sus derechos y los del hombre, que habian permanecido olvidados durante el imperio de la idolatría. Con poco que reflexionemos, vemos la Iglesia en los primeros dias de su existencia, rechazando toda idea de privilegios; la contemplamos en su infancia, y vemos los fieles reunidos en una misma creencia, en unos mismos sentimientos, disfrutar juntos las mismas emociones, participar de iguales trabajos y congratularse en unos mismos consuelos, comunicándose los mismos dogmas, que eran la ley de su martirio y de su felicidad: habia, sin embargo, en aquella sociedad, hombres que rogaban por los demas, que instruian y gobernaban moralmente al pueblo; porque ciertamente, una sociedad sin un gobierno que la anime y dirija, es un cuerpo estenuado sin fuerza ni poder, próximo á sucumbir, un semi-cadáver que, á pasos de gigante, se dirige á la tumba.

A medida que el cristianismo fué ensanchando sus relaciones y se aumentó el número de los fieles, estos hombres eminentes en santidad y ciencia que le dirigian y gobernaban, adoptaron un cuerpo de doctrina, dictaron leyes, crearon magistrados; pero todos estos elementos los organizaron precisamente sobre la base fundamental, sobre el eje alrededor del cual gira su doctrina, que es el Evangelio, y como éste rechaza lo ini-



cuo y protege la humanidad, de aquí resultó que las leyes eclesiásticas se pronunciasen en favor de ésta y contra aquella: de aquí resultó que el clero fué el padre del mísero esclavo, y el tribuno que defendía al siervo de la ira de su señor y á la humanidad de su verdugo. La religion y sus ministros no podían ver con indiferencia los males del hombre desde que Jesucristo les habia enseñado que eran todos hermanos; dogma que es la mejor defensa de la humanidad que puede hacerse, porque desde el momento que sentimos y sabemos que somos de un mismo origen, la caridad se desarrolla en nuestras almas, y los males del prójimo nos afectan, y el deseo ansioso de socorrerlos se apodera de nosotros, deseo hermoso que es el mejor escudo de la humanidad, el que hace al avaro triunfar de su pasión ambiciosa, al obsceno sobreponerse á la impureza, al soberbio deponer su saña, y concluye por abrir las puertas del corazón y dar asilo en él á la miseria, á la orfandad, á la desgracia con la esperanza del premio que el Señor promete á los que llenan estos deberes humanitarios en la tierra, y venciendo sus instintos malos practican la virtud.

Esta es la doctrina que predicaba el clero y habia consignado el Evangelio; esta era la mina que si no hacia volar súbitamente el alcázar de la maldad, sordamente le iba deteriorando y destruyendo para librar á la humanidad de tantas miserias;

así fué que desde los evangelistas hasta nuestros dias, el clero en todos sus escritos, en todos sus códigos ha consignado los derechos de la humanidad, creando cánones que pongan á cubierto los esclavos de la saña de sus opresores, que suavizan su condicion, que garantizan su vida, hasta que por fin esta doctrina, infiltrándose en los códigos civiles, hizo que lo que antes era de conciencia fuese de justicia, y las leyes canónicas vinieron á ser el troquel donde se modelaron las civiles, el crisol donde se fundieron, y la ley de la humanidad sancionada en el Gólgota fué la ley de todos los pueblos donde se oyó la voz del Evangelio, y no una ley promulgada por los filósofos, sino inoculada en el corazón del hombre por los sacerdotes. Vamos, pues, á demostrarlo para honra del clero y confusión de los que retirados durante el combate y aun militando en las banderas contrarias, hoy vienen á disputarle los despojos y botín tan gloriosamente ganado, con tanto trabajo adquirido, y tan ruinmente arrebatado.

Con poco que se lea el Evangelio se ve difundida la humanidad, y esto es tan cierto, que si no supiéramos que todo él es un código santo de caridad, de esa caridad divina que nos manda hacer bien á nuestros mas encarnizados enemigos y pedir á Dios por ellos, de esa caridad que no quiere tratemos á nuestros semejantes sino como quiéramos ser tratados, que nos manda ser benigno



nos, pacientes, comedidos, de esa caridad cuyas vivificadoras llamas jamas se extinguirán, y que si no supiéramos cuánto la encomian los Libros santos, bastaria hojearlos un poco y se veria que cada línea, cada palabra, cada letra contiene un anatema contra el opresor, y un alegato en pro de la humanidad; allí se ve al Señor diciendo á sus discípulos: "Hasta el dia se os ha dicho, amad á vuestros amigos y aborreced á los que os hacen mal; y yo os digo: amad á vuestros amigos, y haced bien á vuestros enemigos, á los que os aborrecen;" y otras mil y mil proposiciones tan terminantes y espresas como debia consignarlas el que vino á la tierra á establecer los derechos de la humanidad, y que seria enfadoso enumerar, puesto que nada conseguiriamos añadir á lo que nuestros mismos acusadores saben.

El clero fué el depositario, el predicador continuo de esta hermosa doctrina, la ha llevado en alas de su caridad por todas partes, y allí donde la voz del Evangelio ha penetrado, allí han resonado estas palabras de amor y fraternidad, allí han cundido estas ideas humanitarias, por ellas ha sufrido el clero, por esparcirlas no ha perdonado trabajo, y ellos figuran siempre como causales de las sentencias de tormentos y de muerte de sus mártires; los tiranos los condenaban porque argüian su dureza de corazon y condenaban su tiranía, el pueblo los abrazaba, el esclavo los

bendecia porque suavizaban su condicion y quebrantaban sus cadenas; los gentiles los acusaban porque se asociaban á los miserables, y el César los despedia de su presencia porque no hacian ostentacion de viejos pergaminos, de rancios patriados, de ilustres abolengos, y si los tenian, como sucedia en muchos de ellos, no los publicaban, y preferian caminar al suplicio, confundidos el siervo con el señor, el esclavo con el amo, porque sabian que en la mesa del Padre celestial se habian de sentar juntos á disfrutar unos mismos derechos, igualdad, felicidad, puesto que no es el siervo menor que su señor; por eso vemos que el apóstol S. Pablo escribe una carta á Filemon recomendándole un esclavo que se le habia fugado, y á quien habia convertido, y le devolvía bautizado, siendo dignas de notarse las siguientes palabras que entre otras le dirige: "No le recibas ya, le dice, como siervo, sino como hermano amadísimo, especialmente para mí, cuanto mas para tí, tanto en carne como en el Señor: si pues me tienes como socio, recíbele como á mí:" palabras admirables enteramente en consonancia con las del Salvador, y que prueban el espíritu del clero desde su cuna.

En tanto, los filósofos que hoy le motejan ¿obran lo mismo? ¿Tratan á sus criados, que no son esclavos, merced, no á la filosofia, sino al Evangelio, no á los publicistas, sino al clero que ha intro-



ducido en la legislación su espíritu de caridad y sus máximas humanitarias con este miramiento? ¿Se complacen en mejorar su suerte y nivelar sus hechos á sus palabras, y su conducta á sus escritos? De ninguna manera: entre los goces de una vida regalada, corrompida, viciosa, entre el vapor de los licores y las zambras de las orgías, ahogan los gritos del pobre, y con la indiferencia del orgullo ven las miserias de la humanidad sin conmoverse, y no lloran sus desgracias, están insensibles á sus infortunios y se gozan en los males del miserable que tiene día y noche que trabajar para el lujo y voluptuosidad de su opresor que le engaña proclamando los derechos del hombre que insulta, y grabando con la pluma *humanidad* para borrar con la espada y la revolución del panorama del mundo *civilización, pobre*.

Hemos dicho que el clero introdujo en la legislación su espíritu de caridad, y con él afianzó los derechos del hombre, y es tan cierto, que apenas daremos un solo paso en la historia de los códigos que no nos pruebe este aserto; mas no por esto se crea que el sacerdocio borró súbitamente los males que la idólatra filosofía había radicado en tantos siglos de dominio, ni era posible, porque no se arrancan raíces tan profundas de un golpe, y lo mas que se consigue es cortar el árbol cuando la fuerza ayuda, pero siempre queda en la tierra el gérmen que vuelve á reproducirle acaso

con mas frondosidad y pujanza; y como se querian esterminar para que jamas retoñasen estas semillas, el clero tomó el partido mas prudente, y poco á poco fué como mejoró la condicion del hombre hasta llevar la civilización al estado en que hoy la tenemos, y consignar á la humanidad los derechos que hoy posee: por otra parte, el clero en su combate luchaba indefenso contra el poder armado, pobre contra el poderoso, proscrito contra el privilegiado, y sin mas armas que la palabra, tenia que combatir abusos inveterados, sostenidos por la fuerza, arraigados con los privilegios y disputados con el encarnizamiento del egoismo que ve arrancar de sus manos el cetro de su imperio: en tal estado, precisado á combatir, se decidió á armarse de paciencia, y á minar poco á poco el coloso de tantos siglos, escogiendo por campo de batalla el corazon, y así tuvo necesidad de ir progresivamente adelantando y levantando paulatinamente el edificio que pensaba sustituir al orgulloso alcázar de la gentilidad; por eso habremos de anotar el modo con que el clero fué aboliendo los abusos y protegiendo la humanidad, y para ello como para todo nos servirán los hechos, y la historia será nuestro guía.

Mientras la Iglesia contaba pocos hijos y perseguidos, estendia su imperio á los estrechos límites de las catacumbas, y en aquellos subterráneos resonaban las voces de caridad que dulcificaban el



corazon del hombre; de allí salia una luz, si bien por entre las sombras de la persecucion que poco á poco iba adelantando su influencia é iluminando los corazones de los hombres; sin embargo, como podia estender poco su dominio, cada paso que adelantaba la costaba un combate, y así en todo aquel tiempo no pudo consignar en los códigos ni su moral ni sus dogmas, aunque sí fué constituyéndose y arraigando su constitucion: triunfante por fin de las persecuciones, trasladada desde las catacumbas al capitolio, tuvo acceso cerca del señor del imperio, y ya fué llamada á tomar participacion en los consejos; desde esta época data su influjo en la legislacion, y aquí empiezan los grandes hechos, que hacen al clero acreedor á la gratitud de los hombres. Las primeras ideas en defensa de la humanidad están consignadas en los cánones de los concilios, y á ellos habremos de acudir para demostrar si el clero es el protector ó el enemigo de estos sagrados objetos tan tenazmente por él defendidos como combatidos por sus contrarios, y en vista del resultado tendremos acaso lugar para dirigir algunos cargos á los filósofos de nuestros dias, y tal vez manifestaremos, que sin el clero la humanidad no hubiera jamas reconocido derechos, y si los reconocia, solo hubieran existido en teorías y no en la práctica, y la raza conquistadora y privilegiada hubiera continuado en su monopolio, como sucede aún en algunos

países de la *culta Europa*, donde no domina el clero.

Así es, que muy al principio del cristianismo, vemos ya al concilio de Elvira establecer cánones para proteger los esclavos y defender la humanidad de los desafueros del poderoso, cánones que los concilios siguientes fueron esclareciendo segun el influjo sacerdotal se estendia y el elemento religioso iba infiltrándose en la formacion de las leyes, ganando terreno filosófica y políticamente en los Estados, asistiendo al consejo de los príncipes y al lado de los prefectos: los cánones de los concilios, en particular despues de la paz de la Iglesia, nos prueban esa caridad que distingue al cristianismo, y que no pudieron quemar las hogueras ni aniquilar los tormentos. Desde el tiempo de Constantino empiezan ya los fieles á tener, no solo libertad, sino participacion en la administracion y gobierno de la sociedad; y á medida que pasa el tiempo, su influjo se arraiga, hasta que llega un dia en que prevalecen en la eleccion de los magistrados, y determinan ó reprueban al par que la adopcion de puntos de dogma y disciplina, la sancion de las leyes que han de regir el Estado; este es el momento de su dominio; mas para llegar á este punto trascurrió tiempo, y tiempo marcado por fases y gradaciones diversas; infancia, juventud, virilidad, y á medida que se suceden estas gradaciones, la Iglesia se presenta mas es-